

El nuevo “giro a la derecha” en América Latina: luchas y resistencias¹

Alejandra Pastorini²

Fecha de recepción: 02/07/23

Fecha de aprobación: 18/08/23

Resumen

Partiendo de las reflexiones sobre el conservadurismo moderno y la extrema derecha, este artículo coloca el objetivo de analizar el proceso de ampliación de la presencia del conservadurismo en el inicio del presente siglo y sus impactos en las políticas sociales en América Latina.

Palabras Claves: POLÍTICA SOCIAL – DESIGUALDADES – CONSERVADURISMO – AMÉRICA LATINA – CONFLICTIVIDAD SOCIAL

Abstract

Taking as a starting point the reflections on modern conservatism and extreme right, this article aims to analyzing the process of expanding the presence of conservatism in the beginning of the present century and its impacts on social policies in Latin America.

Key words: SOCIAL POLICY – INEQUALITIES – CONSERVATISM – LATIN AMERICA – SOCIAL CONFLICTIVITY

¹ Este texto es parte de la conferencia realizada en la Mesa de Apertura “*Capitalismo, políticas neoconservadoras y resistencias en América Latina. Miradas críticas desde el Trabajo Social*”, en el V Encuentro Latinoamericano de profesionales, docentes y estudiantes de Trabajo Social. El Encuentro fue organizado por la Facultad de Ciencias Humanas - UNICEN y por el Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires (CATSPBA) que tuvo como tema central “*Procesos Emancipatorios y Resistencias al neoconservadurismo en América Latina. Debates, luchas y conquistas en Trabajo Social*”, realizado en la ciudad de Tandil el 18 -20 de mayo de 2023.

² Doctora en Trabajo Social (*Universidade Federal do Rio de Janeiro- Brasil*). Asistente Social (Universidad de la República - Uruguay). Profesora de la *Universidade Federal do Rio de Janeiro* (UFRJ), Brasil. Correo electrónico: alejandrapastorini@gmail.com

Introducción

En las últimas décadas el extremismo político de derecha avanza por el mundo capitalista. La extrema derecha en Estados Unidos y en diversos países de Europa amplía su protagonismo político e ideo-cultural sedimentando los pilares del proyecto del capital. América Latina no escapa de esa realidad y se pone a tono con el resto del mundo; el nuevo “giro a la derecha” se transforma en realidad y asume forma concreta, por ejemplo³, con las coaliciones político-electorales que buscan enfrentar, en las elecciones nacionales o subnacionales, a los candidatos que representan o apoyan proyectos progresistas y de izquierda.

De esa forma el proyecto conservador y reaccionario defendido por la extrema derecha se coloca como una de las grandes alternativas en la disputa político-ideológica en la actualidad, como un proyecto que representa los intereses políticos y económicos de las clases dominantes.

De manera distinta del conservadurismo anti moderno y anti iluminista que surge como una reacción al capitalismo y se coloca como defensor del absolutismo y de la monarquía, y diferente del conservadurismo clásico del siglo XIX que buscaba crear y consolidar la institucionalidad liberal burguesa como forma de preservar el orden vigente⁴ y los valores de la clase dominante, la extrema derecha en el siglo XXI busca consolidar un proyecto que mantiene las costumbres, las prácticas y los valores conservadores tradicionales como la defensa de la familia patriarcal, la protección de la propiedad privada, la moralidad religiosa y la idea del orden como garantía del progreso. Estos valores en la acción se combinan con una agenda reaccionaria apoyada en concepciones y prácticas misóginas, xenofóbicas, racistas, homofóbicas y chauvinistas que se expresan en la radicalización de los discursos de odio, en la comunicación y comportamientos violentos y en la extrema polarización política.

También esa agenda se apuntala en la crítica a la democracia, en el ataque a las instituciones democráticas como el parlamento y en el sistema de justicia, y en la descalificación de los espacios de participación política (como los sindicatos, movimientos sociales, partidos políticos etc.). Esos grupos de extrema derecha, muchas veces, disputan los espacios de poder formal por vía electoral,

vencen elecciones con discursos antipolíticos y, en el gobierno, conducen a sus electores para que actúen contra el proceso democrático. (...) La nueva derecha sitúa a la democracia en el campo opuesto a la libertad y a la innovación y, de esa forma, fortalece “la

³ Es importante registrar que el avance de la extrema derecha no se limita a los pleitos electorales, ni a los espacios institucionales criados por la democracia formal. Sus militantes, intelectuales orgánicos, divulgadores y organizaciones, expanden su agenda ultraconservadora y reaccionaria valiéndose de diversos caminos: redes sociales y medios de comunicación tradicionales (periódicos, televisión etc.), movilizaciones y manifestaciones en espacios públicos, actos contra las instituciones democráticas, golpes de Estados parlamentares, actos violentos contra las denominadas “minorías”, entre otros.

⁴ *“Después de la revolución de 1848 – cuando el proletariado se presentó, por primera vez, como una clase para sí, opuesta a la burguesía -, el conservadurismo ganó nuevas características. Su principal enemigo ya no eran apenas los revolucionarios democrático-populares, sino también los movimientos socialistas del proletariado”* (Coutinho en Escorsim Netto, 2011: 10).

idea que los negocios empresariales y la tecnocracia, así como las tradiciones morales orgánicas, en todos los sentidos, son superiores a la democracia para resolver nuestros problemas y para gobernarnos” (Pereira, 2020: 126).

En algunos casos, como por ejemplo el bolsonarismo en Brasil, las posturas negacionistas de los derechos humanos, de la ciencia, del conocimiento producido en las universidades y en los centros de investigación asumen un lugar de destaque entre sus líderes, militantes y seguidores.

Partiendo de esas reflexiones sobre el conservadurismo y la extrema derecha, este artículo se coloca el objetivo de analizar el proceso de ampliación de la presencia del conservadurismo en el inicio del presente siglo y sus impactos en las políticas sociales en América Latina.

El trabajo se organiza en cuatro partes. En la primera, se presenta la discusión sobre el pensamiento conservador moderno y las acciones organizadas por el Estado en el contexto de consolidación del capitalismo. Partiendo de la idea que la reacción conservadora precisa ser analizada llevando en consideración los avances en la denominada “agenda de derechos”, en la segunda parte se discute la construcción de un camino a la izquierda en América Latina, a partir de los años 1960. A continuación, se abordan las principales transformaciones en las políticas sociales, en el contexto neoliberal restaurador del capitalismo en crisis. En el último ítem, se realiza una rápida aproximación a las luchas y resistencias que vienen siendo organizadas en el continente latinoamericano para enfrentar al proyecto conservador de derecha.

1 – Capitalismo y las ideas conservadoras

El pensamiento conservador moderno no es una invención de la extrema derecha ni una construcción de la “nueva derecha” que inicia su trayectoria en los años 1970-80, principalmente, en Europa y Estados Unidos (Pereira, 2020).

El origen del conservadurismo moderno nos remonta al siglo XVIII, periodo final de la transición del feudalismo al capitalismo, en Europa. O sea, nos remite al contexto de las revoluciones burguesas y al conjunto de reacciones político-económicas y de ideas antirrevolucionarias, anti-iluministas y críticas de la razón moderna. Pero es importante mencionar que

con el advenimiento de la industrialización, la ideología conservadora pasa a oponerse (...) a los movimientos prodemocráticos que amenazaban el tradicionalismo y las posiciones de poder, ya que [los sectores dominantes] entendían que esos espacios deberían ser vitalicios para las élites. Posteriormente, y como reacción a algunas de las conquistas (interpretadas como posibilidades de revertir los privilegios de algunos grupos y de inviabilizar el proyecto burgués hegemónico, así como de intentar producir un igualitarismo para extinguir las diferencias individuales cultivadas por la tradición), se consolida un nuevo conservadurismo que facilita preservar las relaciones existentes, favoreciendo así la reproducción ampliada del capital (Pastorini y Faria, 2020: 8).

Con la sociedad burguesa consolidada, el pensamiento y las prácticas conservadoras abandonan la defensa de la monarquía y del absolutismo concentrándose, a partir de ese momento, en evitar los procesos revolucionarios (protagonizados por los/as trabajadores/as) y en preservar el capitalismo y los valores burgueses. Este conjunto de adaptaciones a las nuevas condiciones societarias, ocurridas principalmente en el siglo XIX, dará origen a la formación del positivismo y de la sociología moderna que tienen como principales representantes a Comte y Durkheim.

Este hecho expresa que el pensamiento conservador moderno presenta innumerables y polimórficas caras (Coutinho en Escorsim Netto, 2011) que se anuncian en las distintas estrategias de acción, diferentes opositores, variadas alianzas y entrelazamientos, pudiéndose presentar como: conservadurismo reaccionario en el siglo XVIII, conservadurismo liberal en el siglo posterior, neoconservadurismo en el contexto neoliberal marcado por el avance de la extrema derecha entretejida con la ideología neofascista, entre otras formas.

Más allá de la tonalidad de cada faceta, los valores, las costumbres, la cultura y los objetivos conservadores esenciales y característicos de este ideario, se recolocan en los diferentes momentos históricos.

Por un lado, la defensa y preservación de los valores tradicionales como la familia patriarcal, el nacionalismo, el patriotismo y la moral religiosa están presentes en cada faceta; por otro lado, en los distintos momentos históricos se mantiene como una constante la idea que los sectores trabajadores más pobres son un símbolo de la degradación y de la destrucción de esos valores tradicionales. Esa idea se expresa de variadas formas como: la crítica y violencia contra las religiones de raíz africana, los esfuerzos por moralizar a los pobres, la aporofobia⁵ que se muestra como miedo y rechazo hacia la pobreza, hostilidad con los pueblos originarios, con las poblaciones negras y pardas, con los habitantes de las periferias urbanas, con los y las trabajador/as rurales.

El pensamiento conservador con sus prácticas políticas y modos de organización que le dan forma concreta, tampoco son una novedad en nuestro continente donde el conservadurismo moderno está presente desde el siglo XIX y fue impulsado por las elites que hegemonizan el mundo de la política y de la cultura y, aprovechándose de su dominio económico pasan a ocupar los espacios de decisión y de poder en el Estado, creando estrategias y caminos para: garantizar las condiciones necesarias para la producción capitalista; atender los intereses de la burguesía (industrial, agraria etc.); reprimir las posibles amenazas al modo de producción capitalista; integrar a las clases dominadas y reproducir la ideología dominante. Recordemos que, según Mandel (1987), éstas son funciones desarrolladas por todo Estado capitalista independientemente de las formas de gobierno.

Las ideas conservadoras defendidas por los diversos sectores y fracciones de la clase dominante (y muchas veces incorporadas, también, por los sectores subalternos) tales como: orden, conservación de las desigualdades y el derecho a la propiedad, se expanden en el siglo XIX a partir de crisis de las monarquías y de la sociedad colonial. A pesar de la existencia de matices entre los distintos sectores conservadores modernos,

⁵ Sobre la idea de aporofobia consultar Cortina (2020).

todos ellos *“tuvieron en común el temor a la subversión social, que interpretaban en espejo con el proceso francés y su deriva jacobina”* (Broquetas y Caetano, 2022: 17).

También es importante mencionar las debilidades de las “élites locales” en América Latina y sus limitadas posibilidades de construcción de proyectos autónomos de desarrollo debido a su constante subordinación a los intereses imperialistas externos. Esta debilidad buscó ser compensada con altos grados de autoritarismo por parte de los Estado que ignoran, constantemente, las demandas y necesidades de los sectores subalternos (Cueva, 2019).

Los trazos autoritarios del Estado latinoamericano están retratados en la estructura de la máquina pública, en sus mecanismos de funcionamientos, instituciones y prácticas que perpetúan la exclusión de los sectores más pobres del mercado formal de trabajo, de los espacios de participación y decisión política, de las estructuras de reconocimiento de derechos y de los mecanismos públicos de protección social y laboral.

Apoyadas en esa lógica conservadora y fragmentando la cuestión social en un conjunto de problemas sociales se van constituyendo, desde los inicios del siglo XX, las políticas sociales que buscan una “administración técnica” de las expresiones inmediatas de los antagonismos y desigualdades propios del modo de producción capitalista. Guiados por el pensamiento positivista y entendiendo a la sociedad como un organismo constituido por partes articuladas funcionalmente, las manifestaciones de la cuestión social son reducidas a fallas de integración de los individuos, a “desvíos” comportamentales y problemas de administración.

Desde esta óptica las políticas sociales pasan a ser reducidas a mecanismos correctivos y de esa forma cargan con la responsabilidad de restablecer el “equilibrio” perdido. Al mismo tiempo, las políticas sociales reproducen los trazos autoritarios, estigmatizadores y discriminatorios con relación a los sectores más empobrecidos, a los cuales se le atribuye una cierta predisposición a la ociosidad, se los ve como fraudulentos, como individuos que quieren vivir del Estado y de los programas sociales.

El proceso de consolidación de las políticas sociales y laborales, que fue lento y marcado por la selectividad, precisa ser analizado a la luz de las resistencia y luchas sociales protagonizadas por la clase trabajadora y por diversos grupos, organizaciones y movimientos vinculados a los sectores subalternos. El reconocimiento de las políticas sociales como una responsabilidad de los Estados latinoamericanos fue marcado por altos grados de conflictividad (intra e inter-clases), resistencias y luchas que toman formas muy variadas a lo largo y ancho del continente (que van desde reivindicaciones por mejoras puntuales de grupos específicos hasta revoluciones).

Las distintas clases y fracciones de clases buscan aumentar la permeabilidad del Estado con el objetivo de que este complejo social responda a sus intereses, sea creando las condiciones necesarias para la valorización del capital, en el caso de la burguesía; o luchando para que el Estado garantice mejores salarios y condiciones de vida y trabajo, en el caso de las personificaciones del trabajo.

Las luchas no se restringieron a objetivos “cortoplacista” como son las mejores condiciones de vida y de trabajo, también muchos de los enfrentamientos y luchas sociales desarrolladas en el continente latinoamericano, protagonizadas por los sectores subalternos (más allá de sus diferencias), eran/son luchas contra las relaciones de dependencia y contra la subalternidad neocolonialista, luchas contra el poder

imperialista norteamericano y Europeo, o sea “luchas insurgentes” (Marini, 1978), contra el sistema del capital.

2 – El camino a la izquierda y las reacciones de las personificaciones del capital

Pensar América Latina significa pensar en resistencia y luchas contra el colonialismo y el imperialismo. La consolidación del capitalismo encontró innumerables resistencias en nuestro continente; inclusive antes de la consolidación del modo de producción capitalista, las luchas contra los conquistadores y frente a los “señores de esclavos” fueron decisivas para garantizar la vida y la perpetuación de culturas, modos de organización y de ser distintos a aquellos hegemónicos en la sociabilidad burguesa, así como también fueron fundamentales para establecer una relación no destructiva del ser humano con la naturaleza.

Esas luchas y resistencias fueron centrales para garantizar, a partir del siglo XX, mejores condiciones de vida y de trabajo en el capitalismo. Aquí concentraremos nuestras reflexiones en las luchas y tensiones que se explicitan a partir de las décadas de 1960-70, momento decisivo en la construcción de un camino a la izquierda en el continente latinoamericano, que contó con experiencias reales que tenían como horizonte la superación del sistema del capital, como fueron, por ejemplo, la Revolución Cubana, Revolución Sandinista en Nicaragua y la Revolución Salvadoreña que buscaban la superación del colonialismo y del imperialismo estadounidense y luchaban, al mismo tiempo, contra los gobiernos autoritarios locales en su mayoría lacayos del “imperio norteamericano”. También, es necesario mencionar la Revolución Mexicana de inicios del siglo XX y la Revolución Haitiana en el siglo XVIII, que inaugura los procesos revolucionarios en el continente.

Ese camino a la izquierda con todas sus ramificaciones y bifurcaciones significaba/significa un riesgo para la clase dominante, de esa forma la reacción de las diferentes fracciones de la burguesía no se hizo esperar impulsando un ciclo contrarrevolucionario, que implicó un conjunto de derrotas para las luchas y proyectos emancipatorios.

Así a partir de los años 1970 y a lo largo de la década de 1980 se percibe un importante “giro a la derecha”, que se expresa en una intensa derechización política: posiciones antidemocráticas, anticomunistas, incentivadoras de los conflictos bélicos, crítica de los proyectos de izquierda e inclusive de los reformistas que defendían la ampliación de los derechos, trazos que indican la consolidación de los “tiempos conservadores” (Cueva, 1989).

Se percibe un profundo movimiento de todo el espectro político, ideológico y cultural del Occidente para la derecha: *aquí está el gran triunfo de la burguesía imperialista*. Poco importa el nombre que le demos a este proceso regresivo (neoderechización, neoconservadurismo, neoliberalismo, revalorización de la democracia etc.); la verdad es que en los cinco años que van de 1974-1979, todo cambió drásticamente en Europa y en Estados Unidos, imponiéndose un conservadurismo cada vez más beligerante (Cueva, 1989: 32).

Pero es importante destacar que ese proceso de imposición del conservadurismo de derecha que obtiene un importantísimo éxito político-ideológico a partir de los '70, es

expresión y producto de la *Doctrina Truman* que se expande desde la segunda mitad de la década de 1940 y de la estrategia global norteamericana de finales de los años 1950 e inicios de los '60, implementada por el gobierno Kennedy.

Esa reacción conservadora de la burguesía que asume la forma de “lucha contrainsurgente”, es una respuesta frente a la ampliación del camino a la izquierda en América Latina y en otros países dependientes como Argelia, Congo, Vietnam (Marini et al, 1978).

Pensando en las particularidades del continente latinoamericano y concentrando la atención en los países del Cono Sur, destacamos tres dimensiones constitutivas de esa reacción organizada desde los grandes centros de poder mundial, donde asume destaque Estados Unidos. La primera dimensión a ser mencionada es la instauración de las dictaduras cívico-militares en varios países del continente latinoamericano, estrategia que se articula con la organización de una red internacional de grandes corporaciones (*think tanks* que buscan tejer consensos políticos, económicos y científicos contra los opositores al sistema del capital), contando con la importante participación de los organismos multilaterales (como Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional), de las grandes empresas transnacionales, de los medios de comunicación e institutos de investigación que invierten en la formación de los líderes políticos de la derecha y extrema derecha que asumen el poder desde los últimos años del siglo XX. Un tercer brazo de esa estrategia, no menos importante, es la construcción en los años 1970 de la primera versión de la política de gestión de la pobreza.

A principios de esa década [década de 1970], el enfoque se concentró en la lucha contra la “pobreza extrema” y la atención de las “necesidades humanas básicas” mediante el apoyo a la participación de los pobres en el desarrollo [...]. Al año siguiente, se lanza un programa que enfatiza la salud y educación primaria, agua potable y energía eléctrica dirigido a las zonas rurales. No se cuestiona la estructura agraria o concentración de la tierra – factor clave de la pobreza y la desigualdad rural – y los proyectos se acomodan a una realidad que no sólo no se pretende cambiar, sino que busca consolidarse, aunque en los hechos, se cuestiona el ‘efecto derrame’ que supuestamente tendría el crecimiento (Zibechi, 2011: 23).

Esta fue una importante estrategia para enfrentar las insurgencias populares en los países dependientes del continente latinoamericano y africano, que tenía como pilares estructurantes: el apoyo a la ampliación de servicios básicos de salud y educación; obras de infraestructura (energía eléctrica, agua potable, vías de acceso y transporte) y la denominada “revolución verde” que articulaba apoyo y asesoría a campesinos con un intenso trabajo comunitario. Esta estrategia organizada desde el Banco Mundial, bajo la gestión de Mc Namara, fue central en los procesos de desmovilización de los sectores trabajadores más pauperizados y de la población rural (Pastorini, 2023), estrategia a la que se suman los esfuerzos de otros organismos multilaterales como Fondo Monetario Internacional (FMI) y Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Es importante mencionar que este proyecto conservador de derecha no fue superado en su plenitud con el fin de las dictaduras cívico-militares y la retomada de los regímenes democráticos, en la segunda mitad de los años 1980. Las democracias en América Latina

mantuvieron intactas no sólo las estructuras económicas heredadas de la fase anterior como también las políticas económicas trazadas por las dictaduras militares – como intactas conservan las estructuras de las fuerzas armadas golpistas, e intocadas sobreviven las relaciones de dependencia del imperialismo. Y (¡lo que es peor!) se difunde en esta década, inclusive entre los intelectuales que alguna vez fueron progresistas, la idea conformista de que la democracia sólo podrá ser garantizada en América Latina reduciendo, a la mínima expresión, las reivindicaciones, esperanzas y rebeldías de las masas (Cueva, 1989: 14).

Recordemos también que en el contexto democrático los sectores dominantes apoyándose en la capitalidad de los organismos multilaterales como FMI, Banco Mundial y BID imponen los programas de “ajuste estructural” neoliberales (las políticas de estabilización y de control de la inflación, programas de privatización, la reorganización de la producción, la contrarreforma de los Estados) y sus políticas neoconservadoras que buscan enfrentar las barreras que se interponen al proceso de expansión del capital con el objetivo de ampliar los espacios de inversión para capital superacumulado que encontraba dificultades para expandirse, repasando los principales costos de ese proyecto restaurador para la clase trabajadora.

3 – El proyecto restaurador del capital y las políticas sociales

Como menciona Cueva (1989) el “giro a la derecha”, iniciado en las décadas de 1970 y consolidado en la década siguiente, que tiene como protagonistas a militantes e intelectuales de derecha, va a influenciar de forma intensa los debates en el ámbito académico, especialmente en las Ciencias Humanas y Sociales.

Los cambios en los paradigmas teóricos que hegemonizaban el debate y la pérdida de centralidad de la reflexión crítica en la academia se expresan, por un lado, en el creciente abandono de una perspectiva crítica de la sociedad capitalista y en la difusión de ideas conformistas y románticas sobre el capitalismo; por otro lado, se constata una apuesta por parte de algunos intelectuales en el rescate de los derechos de las denominadas “minorías sociales”, en la búsqueda de la equidad y de la justicia, en definitiva, en la insistencia sobre la posibilidad de consolidar un “capitalismo más humano”.

Pero esos cambios en las posiciones teóricas y político-ideológicas precisan ser analizados articuladamente con la crisis estructural del capital y con los procesos políticos mundiales como la corrosión y fin de la experiencia de “socialismo real” y la expansión de grupos/organizaciones políticas (que en otro momento estuvieron vinculados a proyectos de izquierda) que pasan a adherir política e ideológicamente a posiciones reformistas, sean ellas de “centro” y/o “socialdemócratas”, defendiendo, por ejemplo, la construcción de una “tercera vía” o de una “vía democrática al socialismo”.

Ese proyecto “alternativo” propuesto confronta y refuta las organizaciones tradicionales de los trabajadores (como los sindicatos, movimientos sociales y partidos clasistas) y sus principales estrategias de luchas (huelgas, manifestaciones callejeras, confrontación con el Estado).

Pero, esos cambios también precisan ser analizados llevando en consideración las transformaciones en la dinámica capitalista y las estrategias propuestas por los representantes del capital para restaurar el capitalismo en crisis.

De esta forma, el proyecto neoliberal y las políticas neoconservadoras se colocan como piezas fundamentales de esa estrategia restauradora del capitalismo que no incorpora las demandas insatisfechas de los sectores subalternos, no atiende las necesidades más urgentes del trabajo (Coutinho, 2012), o sea se trata de un proyecto sin concesiones de la clase dominante. De forma diferente, la revolución pasiva

implica siempre la presencia de dos momentos: el de la “restauración” (que se trata siempre de una reacción conservadora frente a la posibilidad de una transformación efectiva y radical proveniente “de abajo”) y de la “renovación” (en el que algunas de las demandas populares son atendidas “desde arriba”, a través de “concesiones” de las clases dominantes) (Coutinho, 2012: 118).

Ese proyecto neoliberal que se presenta como la “alternativa” para enfrentar la crisis estructural sin atender las demandas populares, tiene efectos destructivos para la clase trabajadora que sufre las consecuencias del proceso de intensificación de la explotación, de la precarización del trabajo, del aumento del desempleo y de la desprotección social y laboral, contribuyendo con el acelerado deterioro de las condiciones de vida y de trabajo. También, incide sobre la organización colectiva de las distintas fracciones de la clase trabajadora, sus estrategias de lucha y resistencias, impactando de forma intensa en los procesos de construcción de conciencia.⁶ La retracción de los derechos y la reorganización de las políticas sociales son parte fundamental de esta estrategia restauradora del capitalismo en crisis. Así,

en la época neoliberal no hay espacio para profundizar los derechos sociales, por muy limitados que sean, sino que estamos ante un intento abierto – infelizmente y en gran parte con éxito – de eliminar estos derechos, de destruir y negar las reformas ya conquistadas por las clases subalternas durante la época de la revolución pasiva [...] Las llamadas ‘reformas’ de la previsión social, las leyes de protección al trabajo, la privatización de las empresas públicas etc. – reformas que actualmente están presentes en la agenda política de los países capitalistas centrales y periféricos [...] – tienen como objetivo la pura y siempre *restauración* de las condiciones propias de un capitalismo “salvaje”, en el que las leyes del mercado deben vigorar sin frenos (Coutinho, 2012: 123).

En ese contexto se producen importantes cambios en los mecanismos de protección social en América Latina, buscando adecuarlos a las actuales exigencias y necesidades de la expansión y la acumulación.

⁶ Estos cambios impactan en la construcción de la subjetividad de los/as trabajadores/as que se encuentran condicionados política, económica y socialmente a buscar soluciones individuales a problemas que son colectivos, reforzar la competición entre trabajadores/as, luchar por reivindicaciones cortoplacistas, etc. lógica que contribuye para fragilizar la organización y luchas colectivas, y para abandonar los proyectos emancipatorios.

Las políticas sociales refuerzan su carácter selectivo y se crean mecanismos para ampliar la participación del sector privado en las políticas de protección social, en especial en la salud, educación y previsión social. Esos cambios se articulan con la actualización de la política de gestión de la pobreza, creada y testada desde los años 1960-70 que, a partir de los años 1990, con la consolidación mundial del neoliberalismo se reestructura sobre tres pilares fundamentales: los programas de transferencia monetaria, la hipertrofia del brazo coercitivo del Estado y la impronta moralizadora religiosa.

Los programas de transferencia monetaria focalizados en la pobreza absoluta pasan a asumir centralidad e importancia en el interior de las estructuras de protección social públicas. Acompañando ese movimiento de expansión de las transferencias condicionadas, se avanza en la construcción político-intelectual de un modelo de política social orientado a la pobreza que es impuesto internacionalmente por el Banco Mundial, a través de los préstamos condicionados y de los programas de asesoría (Pastorini y Galizia, 2006). Este modelo implica en *“una manera específica de pensar y de hacer política social, anclada en la separación teórica entre la producción de la pobreza y la producción de la riqueza y en la noción de mínimos sociales”* (Pereira, 2010: 276).

Esos programas a lo largo de los años pasan por algunas inflexiones. En la década de 1990, vinculados a las reformas neoliberales ortodoxas y sus “ajustes estructurales”, las transferencias monetarias asumieron un intenso carácter temporario y focalizado, siendo implementadas por el Estado en conjunto con las organizaciones no gubernamentales y entidades constitutivas del “tercer sector”.

Más tarde, en el contexto de avance de los “gobiernos progresistas” en América Latina, estos programas focalizados en la pobreza absoluta se articulan con la defensa de los derechos humanos y sociales, transformándose así en una importante estrategia para atenuar las opresiones y discriminaciones sociales (de género, raza etc.).

Pero en la historia reciente, en los países donde la extrema derecha triunfó (como es el caso de Brasil en el período Bolsonaro), las transferencias monetarias se articularon, una vez más, a una estrategia minimalista, asistencialista y clientelar que busca refocalizar estas acciones en los grupos pobres y extremadamente pobres, reforzando la idea clásica de ayuda, a través de la inducción y estímulo del Estado al desarrollo de actividades laborales/productivas precarizadas.

En ese marco, los programas de transferencia monetaria fueron utilizados como espacios de manipulación política hacia la población, mecanismos de control, fiscalización y moralización.

En las últimas décadas es posible percibir un aumento de las acciones controladoras, coercitivas y represivas por parte del poder público que, orientadas por una lógica punitiva selectiva, se dirigen a los sectores más empobrecidos concebidos como símbolos del atraso y de peligro.

Es sabido que los Estados en nuestros países cargan con las marcas del autoritarismo, trazo que se hace más evidente cuando analizamos las acciones orientadas a los sectores subalternos. Ese proceso de hipertrofia del brazo coercitivo del Estado indica un *“giro criminalizador de la pobreza y el foco en la responsabilidad individual por el empobrecimiento, [proceso que avanza] (...) a medida que la crisis se profundiza”*, la precarización del trabajo aumenta y el desempleo se cronifica (Dahmer y Pastorini, 2022: 10).

A través de esa lógica clasista, estigmatizadora y criminalizadora los sectores más empobrecidos son considerados enemigos del orden, peligrosos para la sociedad y obstáculos para el desarrollo. Y los programas sociales, como es el caso de las transferencias monetarias, se empeñan en imponer valores y principios morales, formas de relación y modos de comportamiento. Pero, cuando los pobres son considerados como violentos o peligrosos, pasan a ser *“objeto de tratos estigmatizantes, acciones criminalizadoras, de exterminio, control y punición”* (ibidem: 11).

Esa lógica criminalizadora y represiva, que es selectiva y clasista, se extiende al conjunto de organizaciones y sujetos colectivos que se contraponen y resisten al avance de ese proyecto conservador y punitivo (movimientos sociales, dirigentes políticos, líderes comunitarios, organizaciones colectivas, universidades, instituciones de investigación etc.) (Pastorini, 2018).

También es necesario mencionar que la estrategia de gestión de la pobreza se relaciona con la impronta moralizadora y controladora protagonizada por las instituciones religiosas conservadoras, donde asumen lugar destacado, en las últimas décadas, los grupos evangélicos pentecostales y neopentecostales.

La presencia de las instituciones religiosas en la sociedad y en el área social en nuestros países no es una completa novedad, ya que están presentes desde el período de la conquista y colonización con sus pautas, valores y prácticas, generalmente, conservadoras. Pero en las últimas décadas se amplía, con mucha fuerza, un conjunto de dogmas e ideas conservadoras (relativas a la matriz de familia, el lugar de las mujeres en la sociedad, las desigualdades de género, etc.) vinculados a esos grupos religiosos evangélicos, grupos que en los últimos años tuvieron un aumento significativo de su participación en el debate público, en el espacio público y en la política partidaria, incidiendo de forma significativa en la agenda política y en el debate sobre género, derechos reproductivos, aborto, casamiento homoafectivo, etc.

También estos grupos evangélicos son fundamentales para reproducir los valores conservadores y reaccionarios al interior del Estado, sea a través del apoyo político y logístico dado a candidatos, políticos y gobernantes, o creando partidos evangélicos que disputan las elecciones, o realizando convenios entre sus organizaciones “sociales” con el Estado para ejecutar programas y políticas sociales (Pastorini y Faria, 2020).

Estos tres pilares que estructuran las nuevas formas que asumen las políticas sociales en América Latina desde los años 1990, se van a articular de maneras distintas en el contexto hegemonizado por el neoliberalismo ortodoxo, en el contexto de los llamados gobiernos progresistas y en el marco de los gobiernos protagonizados por la extrema derecha.

4 – Luchas y resistencias al proyecto conservador de derecha

El proyecto conservador de derecha, que se expande de forma acelerada desde las últimas décadas del siglo XX, encuentra resistencias en todo el mundo. En América Latina esas luchas pueden ser ejemplificadas con: las manifestaciones callejeras en Chile, Bolivia y Colombia; las movilizaciones contra las reformas de la previsión social; la organización de la población negra y los pueblos originarios, en Brasil, Argentina, Chile, Bolivia etc., luchando contra el exterminio y por el derecho a vivir; los paros internacionales de las mujeres buscando dar visibilidad a las desigualdades de género; la lucha por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito en Argentina y Uruguay; las

huelgas y movilizaciones de las/os trabajadoras/es contra la precarización y retracción de derechos sociales y laborales; la lucha por el acceso a la tierra para quien la produce, como reivindicado por el Movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil; la lucha estudiantil por autonomía, más presupuesto y derecho a estudiar.

Luchas, movilizaciones y resistencias que más allá de sus diferencias estratégicas y tácticas, de los objetivos declarados y de las reivindicaciones, son luchas que expresan el carácter depredador, destructivo y deshumano del capital y del proyecto de la derecha conservador y reaccionario.

También dejan en evidencia la heterogeneidad de la clase trabajadora, las diferencias entre las distintas “fracciones” de esta clase que puede ser visualizadas en: la distinta inserción en la división internacional, social, sexual y racial del trabajo; las banderas de lucha de los diferentes grupos y organizaciones; las diferencias en los salarios recibidos y en las condiciones de trabajo; el tipo de reivindicaciones y estrategias de lucha; los grados de politización y concientización, etc.

Esta realidad coloca enormes desafíos para aquellas y aquellos que buscan superar el orden del capital. En este sentido se torna central analizar críticamente la dinámica del capital (las contradicciones a ser superadas, los antagonismo y jerarquías sobre las cuales se estructura la sociedad capitalista), pero sin desconsiderar las formas particulares que esa dinámica asume en las formaciones sociohistóricas dependientes, en especial, en este inicio del siglo XXI.

Al mismo tiempo, es importante la construcción de estrategias colectivas que contribuyan para romper la fragmentación al interior de la clase trabajadora, sin olvidarnos que esta clase es heterogénea. En ese sentido, se torna imprescindible considerar las singularidades de las distintas formas de opresión y las especificidades de las luchas de los distintos grupos, organizaciones y movimientos (feminista, LGBTQIAP+, negro, pueblos originarios, entre otros) al interior de la clase trabajadora.

Las diferentes identidades, banderas de luchas y demandas singulares de las/os trabajadoras/es y sectores subalternos precisan ser discutidas de forma colectiva e incorporadas al proyecto de la clase trabajadora, como forma de articularlas con la lucha más amplia contra la explotación capitalista y contra todo tipo de discriminación, opresión y desigualdad.

Bibliografía

- Broquetas, M. y Caetano, G. (2022). *Historia de los conservadores y las derechas en Uruguay. De la contrarrevolución a la Segunda Guerra Mundial*. Montevideo. Ediciones de la Banda Oriental.
- Cortina, A. (2020). *Aporofobia, a aversão ao pobre: um desafio para a democracia*. San Paulo. Editora Contracorrente.
- Coutinho, C. N. (2012) A época neoliberal: revolução passiva ou contra-reforma? *Rev. Novos Rumos, Vol.49, N° 1*, p. 117-126, Ene.-Jun. 2012.
- Cueva, A. (2019) El desarrollo del capitalismo en América Latina y la cuestión del Estado. *Rev. Latinoamericana de Economía, Vol.11, N° 42*, p. 29-42, UNAM-México. Recuperado de <http://revistas.unam.mx/index.php/pde/article/view/38220/34747>
- Cueva, A. (1989) *Tempos conservadores*. San Pablo. Editora Hucitec.

- Dahmer, T. y Pastorini, A. (2022). Pobreza, punitivismo y control: rumbos de la asistencia social en Brasil en el contexto de la crisis. *Rev. De Trabajo Social de Bogotá*, Vol. 24 – N°. 1, P. 49-67. Ene./Jun. 2022. Recuperado de: <https://pdfs.semanticscholar.org/86da/3b7660a675afc9d242e27a5de8896a51fc62.pdf>
- Escorsim Netto, L. (2011). *O conservadorismo clássico. Elementos de caracterização e crítica*. San Paulo. Editora Cortez.
- Mandel, E. (1982) *O Capitalismo Tardio*. San Pablo. Abril Cultural.
- Marini, L.M. et al (2018) La cuestión del fascismo en América Latina. *Cuadernos Políticos*, N°. 18, p 13-34 Oct-Dic. 1978. Recuperado de: [http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.18.13.PioGarcia.pdf\(unam.mx\)](http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.18.13.PioGarcia.pdf(unam.mx))
- Pastorini, A. (2023) Crisis del capital y la reorganización de las políticas sociales en América Latina. En Pastorini, A. y Mallardi, M. (Ed.). *La política social en América Latina. Lecturas críticas sobre sus fundamentos y tendencias contemporáneas*, p. 13-31, Argentina: NICSE / UNICEN. Recuperado de: <https://nicse.fch.unicen.edu.ar>
- Pastorini, A. (2018) Criminalização e Administração da Questão Social no Brasil. En Montaña, C., Leite, J.L. y Guerra, Y. *Expressões da ofensiva conservadora na conjuntura contemporânea*, p. 71-89. Rio de Janeiro. PPGSS-UFRJ.
- Pastorini, A. y Faria, G.G. (2020). As políticas públicas e o avanço do conservadorismo no Brasil: protagonistas e estratégias. *Rev. Plaza Pública*, Año 13 – N°23, p. 5-22 Jul. 2020. Recuperado de: <https://ojs2.fch.unicen.edu.ar/ojs-3.1.0/index.php/plaza-publica/issue/view/77>
- Pastorini, A. y Galizia, S. (2006) A redefinição do padrão de proteção social brasileiro. *Revista Praia Vermelha – PPGSS-UFRJ, (Número especial N°14-15)*, p.72-103.
- Pereira, P.A. (2020). *Ascensão da nova direita e colapso da soberania política. Transfigurações da política social*. San Paulo. Editora Cortez.
- Pereira, J. M. (2010) O Banco Mundial e a construção político-intelectual do “combate à pobreza”. *Revista Topoi*, Vol. 11, N° 21, Jul-Dic 2010, p.260-282.
- Zibechi, R. (2011). *Política & Miséria – La relación entre el modelo extractivo, los planes sociales y los gobiernos progresistas*. Buenos Aires. La Vaca.